

Margarita de Pedroso (*)

Influencia de Rubén Darío en la poesía española

I

PRELUDIO



TODA nación tiene su siglo de oro, su apogeo, y no es debido a un fenómeno casual, sino a un largo proceso vital por el que alcanza cada nación su hora de plenitud. Hora en la cual el arte y las letras florecen como expresión última de belleza. Así la rosa en el rosal.

(*) Margarita de Pedroso es una joven escritora y poetisa de gran talento, hija del distinguido diplomático español Conde de San Esteban de Cañongo y de la princesa rumana María Sturdza. Vinculada a las grandes figuras de la literatura de su patria, ha colaborado en la «Revista de Occidente» (N.º CVIII y CIX), dirigida por D. José Ortega y Gasset, con un interesante ensayo titulado «Hacia Galilea», y ha editado, en Madrid, diversas obras, entre ellas una de poesías titulada «Rosas» y otra de cuentos deliciosos: «Cabeza a pájaros y la Infanta». La autora, en su reciente viaje por América, ha publicado críticas de arte y literatura en «La Prensa» de Buenos Aires y en diversas revistas y periódicos argentinos y chilenos.

En el presente estudio relativo a «La influencia de Rubén Darío sobre la poesía española», la distinguida escritora analiza con prolijidad, y reconoce sin ambages, la enorme trascendencia que tuvo el gran poeta nicaragüense sobre la poesía española de su tiempo y su repercusión hasta nuestros días
—N. de la D.

Así en el solsticio de verano el sol y así en el XVI español la flor del siglo de oro.

Hay florecimientos esporádicos menores que surgen aislados como resultantes de los últimos chispazos de un genio ya decadente. Así fué como, a fines del XIX en Francia, floreció una pléyade de poetas y pintores que desde Verlaine a Rimbaud y desde Delacroix a Picasso, el andaluz francés, no podía por menos de influir en sus contemporáneos cuya sensibilidad estaba preparada a captar lo que en el siglo había de auténtico y bello. Hijos del siglo en que vivían no pueden esquivar esa filiación dinámica por la cual juventud es modernidad a menos de volver la espalda al mundo para ser anacoretas de lo Eterno.

La flor europea entonces radicaba en Francia, la flor otoñal que brotaba espléndida de una supercivilizada cultura, como antaño radicó en España.

Repercutió en América llena de afán noble, de ansia cultural e hizo brotar en ella, una de las pléyades más ricas de la poesía, en el último tercio del siglo XIX. América, las antenas preparadas, latina frente a Walt Whitman, con un poder extraordinario de asimilación, encontró su propia originalidad. A través del otoño europeo brotó la primavera americana y el genio sintético de Rubén Darío cuya sensibilidad poética, captó cuanto había que captar para ser. Así fué como surgió el poeta más grande finesecular en la América española, el universal nicara-güense Rubén Darío.

La riqueza de su sangre da vigor a su savia poética, da soltura a su métrica. Después de impregnarse en la poética europea, trasplantarla a América y hacerla americana recreándose en lo creado para crearse proclama:

«Y español soy por la lengua divina
por voluntad de mi sentir vibrante
alma de rosa en corazón de encina».

Así se justifica que lo llamaran español de América y americano de España, así también él se proclamó argentino, así se hizo el verbo español del universal americano.

Llegaron sus poesías navegando como cisnes en un atlántico tumultuoso a la ribera azul del mar latino.

Llegó el poeta que iba a ser fuente de inspiración para la juventud española y creó una nueva generación de poetas iberos y un nuevo lazo entre América y España. Un lazo importante, pues, al liberarse la literatura de ultramar de la influencia española después de asimilar nuestra cultura, se engrandece, cobra personalidad y trae savia nueva a la poesía española.

Su ser liberado nace más auténtico y se hace la verdadera unión hispanoamericana. Conquistar es convencer, dijo Miguel de Unamuno. Así fué conquistada por la voz española de Rubén Darío y así encontró la esencia de su ser la juventud poética peninsular. Así Rubén en su obra madura, tras su estancia en España afirma su verbo español. Este es el nuevo lazo de unión hispano-americano que brotó hecho poesía. En la obra de Rubén se halla una flor decadente y nueva que se abre con extraordinaria fuerza y sorprendente hermosura. Se posa en los oros luminosos de la playa andaluza. En la ribera tiende la mano a Rubén un joven poeta que a Pichardo proclama:

«La voz de toda América le pides a Darío
la voz de toda España le pides a mi acento,
al cisne desplegando sus alas en el viento,
y al pavo real abriendo la cola como un río.

Quiere de las dos aves tu egregio señorío
hacer un áureo escudo de gloria a tu talento,
en que deslice el cisne su blando movimiento,
y en que la cola estalle de rosas y de brío.

Pero es mejor trofeo tender Rubén su mano,
tenderle yo la mía por encima al Océano,
y así formar un pórtico sobre el azul intenso.

El tañerá su lira, yo tocaré mi trompa,
y en una regia nave llena de sol y pompa,
tú cruzarás, poeta, bajo del arco inmenso».

Salvador Rueda y Rubén Darío se saludan como los representantes de la misma poesía en opuestos lados del Océano. Nada conocían el uno del otro. Supersensibles los dos, captan el verbo nuevo que impregna anónimo el aire como un leve soplo y lo metamorfosean en poesía. Pero el genio avasallador de Rubén relega en la sombra la voz del poeta que se había creído su igual.

Legó, sin embargo, Salvador Rueda a España poesía original que influyó en la poesía peninsular y en el poeta, que llamó Onís «un moderno juglar», el granadino Federico García Lorca.

Es difícil y complejo cuando se habla de influencias, ver dónde arrancan y dónde acaban y cómo se operan. Semejan espíritus que le asechan a uno y acaparan partículas de nuestro yo en momentos insospechados para iluminar o entenebrecer nuestra personalidad. Un verso puede ser un nuevo mundo que se abre para un nuevo poeta.

¿En qué recovecos de los espíritus letrados se introdujeron los ritmos rubenianos cuyos versos flotaban en el aire como los cisnes que bogaban en su mar poético? Romper este arcano, es difícil. Hay secretos que la vida nunca revela. Pero, de los cantos del gran Rubén los poetas del Modernismo se inspiraron. Todos salmodiaron algún ritmo de sus melodías, y son estos «leitmotivs» los que recojo. No hay genios que no hayan sufrido influencias y una vez asimiladas no las hayan prodigado. Hecha suya la llama desechan las escorias. Sólo el hombre cerril se rebela contra ellas y cree que le restan personalidad. Honroso es para la poesía

lirica española de fines del XIX y principios del XX haber asimilado el genio del gran poeta americano y haber aceptado su paternidad. Sólo presentaré medallones impresionistas sobre el tema y los «leitmotivs» de Rubén que en otros poetas recogí.

Para mí, la gran prueba de la influencia de Rubén Darío en los poetas peninsulares, es la fuerza torrencial de su genio que arrastra, y el poder por el cual asimila la flor poética de la modernidad para hacerla suya y que se impone.

Cuando la luz brota y tiñe de azules el alba, el ave que vuela en el firmamento inevitablemente se convierte en el pájaro azul. Así cuando Rubén surgió, la poética de la juventud quedó inevitablemente influenciada por «Azul», ese libro de romántica vanguardia, que hizo exclamar a Valera: «He aquí un gran poeta», el que acabó por consagrar «Prosas Profanas» y que hizo de él el poeta de América. Rubén Darío dió flexibilidad a la lengua española, ligereza al verso, sutilidad a la expresión y matices a la prosa.

La flexibilidad es su aportación más importante al verbo español. «Domina el castellano», afirma el gran estilista Juan Valera.

Su modernismo no aporta incorrección sino soltura y alegría a la poesía. Así como aportará bella melancolía el sucesor cronológico más grande que selló el Modernismo, al que han llamado el andaluz universal, Juan Ramón Jiménez, el gran poeta de Moguer, que cantó el alba y los crepúsculos, cuya unidad poética no tiene mácula y se ungió con los violetas de Rubén Darío.

Así Rubén Darío aporta intensa luminosidad cuando muere el sol de mediodía y exclama: «Más es mía el alba de oro» y mancha con violentas estrellas amarillas la variabilidad poética de su genio.

El oro americano, deslumbrador, se metamorfosea en poesía.

Rubén Darío llega a España por primera vez y conoce a la generación que precedía a la generación de 1898. A esta última, según Azorín, perteneció. A mi juicio él era un isleño continental

cuyas raíces debajo del mar se hacían europeas, hispánicas. Los hombres de 1898 a pesar de su universalismo y de cierto exotismo eran peninsulares, presos en el paisaje de Castilla. Rubén Darío influyó en ellos por la soltura que dió a la lengua y por la flexibilidad que imprimió a los nuevos giros a los que revistieron de nueva sobriedad.

El galaico menos peninsular de la generación, el d'annunziano Valle Inclán, tuvo mucho de americano y de rubeniano en su «Sonata de Estío». «Este gran Don Ramón de las barbas de chivo», como le llamara el inmortal nicaragüense.

Rubén Darío, siempre pródigo, siembra y esparce su lírica. Esta florece en la península y la futura generación de poetas, ávida de novedad, acepta su paternidad y se deja llevar fascinada por su nuevo ritmo y rima.

Villaespesa, Marquina, Antonio Machado, Manuel y Juan Ramón Jiménez son los poetas que alzan la voz, cantan las nuevas canciones y sienten estremecer con más fuerza el hálito rubeniano, aunque izan su propia personalidad arraigada en el temperamento peninsular, una de cuyas figuras más representativas fué Miguel de Unamuno.

Miguel de Unamuno se enfrenta con Rubén Darío al que nunca entendió. Para él, la poesía era un peldaño sublime en el camino de la vida, que, desde la paradoja humana eleva a Dios. Para Rubén era la canción apoteósica de su vida. Don Miguel era parco y austero. Rubén Darío dilapidaba sus riquezas voluptuosamente. Como «El juglar de Nuestra Señora» ofrece la palabra hecha verso en el templo de la vida, y como «La rosa niña», su alma hecha rosas y su cuerpo hecho olor en un maravilloso juego malabar.

Rubén era poesía y lirismo. Influye en los poetas esencialmente y la poesía será el adalid de los neologismos castellanos.

II

FRANCISCO DE VILLAESPESA

A Francisco de Villaespesa, el gran romántico del Modernismo, le devora la poesía, le devora la inquietud por lo exótico y lo nuevo. No en vano es un «Raro». Adjetivo sustantivado que Rubén Darío empleó en el alto sentido de original y escaso. Su facilidad para la versificación hace de él un poeta prolífico y desigual.

Es opuesta su melancolía morbosa al luminoso optimismo rubeniano. La pluralidad de su estilo compite con la de Rubén. Pero, como dijo de él un gran poeta, «el perfume doloroso es fiel a la rosa de su alma».

El poeta de Laujar se da a conocer en Madrid con «Flores de almendro». De ese libro de poesía se desprende un frescor primaveral, pero el otoño será la estación del poeta. No el otoño que baña de amarillo las doradas y cobrizas arboledas, sino el otoño tétrico que nos hace entrever la muerte, las lozas sepulcrales, los negros ataúdes, las voces de ultratumba y las pálidas manos que como un «leitmotiv» del triste—vivir frente al gay—vivir de Rubén, aparecen en toda su obra y se confunden Vallein-clanescas con las suyas en un inmenso poema.

Esta delectación morosa de la muerte nada tendrá que ver con Rubén Darío, ni tendrá que ver con él su melancolía opuesta al radical optimista del poeta nicaragüense. Ni tendrá que ver con él su profundo romanticismo. Rubén era un virtuoso cerebral. Ni tendrá que ver con él el orientalismo de Villaespesa, que hubiera debido nacer árabe andaluz. No tendrán que ver con Rubén Darío estas tres modalidades poéticas, la morosa melancolía, su profundo romanticismo y el marcado orientalismo de este «orfebre refinado» como le llamó Juan Ramón Jiménez.

A través de una gran variedad en la forma poética conserva

siempre la esencia romántica de su ser. Esta, unida a su afán de modernidad y a su orientalismo constituyen la esencia de su personalidad que liberada de un d'Annunzio y de un Barbey d'Aurevilly harán de él el poeta cuya influencia en la juventud de la época será grande. A través de él, oirán muchos poetas la llamada sonora de Rubén Darío, el poeta de lengua castellana más original del último tercio del siglo XIX.

Inicia Villaespesa con «Luchas» el principio de un período y el final de esta poética primavera que fueron sus primeros libros. Lo dedica a aquellos héroes líricos que han captado la esencia nueva de la poesía y luchan contra el ambiente inhóspito, contra el «Madrid Cómico», contra los que como Clarín atacan al Modernismo. Este libro que no llega a cien páginas, sigue un itinerario ordenado que alcanza su punto más alto en «Pasionaria», poema que dedica a Rubén Darío y en el que exclama resuelto a luchar contra aquellos que arrojan piedras a la poesía nueva:

«Pero me alcé altivo,
y mi larga senda recorrí de nuevo,
con la risa del héroe en los labios
la frente muy alta, mirando los cielos!»

y como un nuevo desafío en «Pindárica», dedicada a Salvador Rueda, vibrante en el aire resuenan estos versos:

«Rompe el silencio. Sin temor levanta
tu frente, donde el genio centellea
y en medio de esta apocalipsis canta...»

Así como en la pintura el «Impresionismo» levanta en París una ola de indignación y los conservadores de museos protestan y la prensa los ataca, los «Raros» que izan la bandera del Modernismo causan escándalo en Madrid. El frente enemigo im-

prime en el «Madrid Cómico» parodias de la poesía nueva. Villaespesa, activo, edita «La Revista Latina» y «La Revista Ibérica» en las que colaboran los poetas modernistas. Su casa es el centro de reunión de este núcleo revolucionario que con ardor trabaja y cumple su tarea. Juan Valera, el clasicista que anunció el valor del gran poeta nicaragüense, ataca los galicismos de «Prosas Profanas». Estos son los años en que Villaespesa trabaja con mayor intensidad y estos son los años en que su personalidad es más original, estos años en los que la aureola de los «Raros» le ciñe y sufre la influencia de Rubén Darío, sin embargo, su mejor obra es «Alcázar de Perlas». Obra en la que escapa del Modernismo para convertirse en un árabe granadino, pero, en la que su originalidad está más velada. Al publicar «La Copa del rey Thule» triunfa la nueva poesía de Villaespesa y con este nombre exótico, esta copa del rey de la remota isla de Thule que los romanos se figuraban estar en el confín norte de la tierra y cuyo nombre por eso atrajo a Villaespesa. Triunfa el libro que contiene «Los crepúsculos de Sangre», con su suave melodía luminosa, su cruda sensualidad y con sus versos largos que se truncan en verso corto para dar nuevo brío al ritmo; los «Murciélagos» sombríos que anidan en la tumba; los quince sonetos cuya mayoría son alejandrinos, entre los cuales uno lleva el nombre del maestro, y por último, «Spoliarum» en que se columpian los ahorcados de Villon con voluptuoso ritmo. El eclecticismo de Villaespesa le salva y hace de su poesía una poesía independiente. Se escapa de la escuela y de la rutina rebelde, para caer en otra escuela y así del Modernismo, que como una impetuosa primavera desencadenó Rubén en España.

«O rinnovare o morire» es el grito d'annunziano que lanza en su anteportada a los poetas Francisco de Villaespesa. Nos parece oír a Rubén cuando leemos:

«Vibró el trueno de oro de lejanos clarines.
Temblaron en sus sillas los bravos paladines».

y cuando habla de cisnes, princesas, pavos reales y «ensueños azules».

Allá a lo lejos, en Lutetia, se alza la sombra del gran Víctor Hugo cuando exclamó «L'Art c'est l'azur», que fué pauta de Rubén e hizo levantar las púas de ciertos erizos académicos.

De nuevo nos mece el sonoro ritmo rubeniano en

«Abandona, poeta, castillos medievales
donde encantadas sueñan princesas ideales»;

y en

«El dolor de su llanto de oro»

se oye la voz inconfundible de Rubén.

Con «Luchas», Villaespesa da la señal del combate; con «La Copa del Rey Thule» triunfa el Modernismo y en los «Altos Bohemios» se empieza a alejar de este movimiento.

Todas las obras de Villaespesa pueden clasificarse en una escuela. En la romántica de Zorrilla, en la sensual hispanoárabe o en la Modernista. La variabilidad es consubstancial con la esencia de su ser. Este rasgo unido a su temperamento romántico, hacen que Villaespesa, independientemente de las escuelas a que se afilió, sea un poeta original. No posee la fuerte personalidad del genio y sólo fué suya la genialidad.

En cambio, la fuerza arrolladora de Rubén Darío, involuntariamente creó un parnaso y en España fué Villaespesa uno de los poetas sobre el cual su influencia fué más directa y clara aunque no fué el único poeta americano que imprimió sobre él su estigma. Indudablemente, Silva acentuó su melancolía morbosa. «Bello talento en vísperas de un dichoso otoño y otros escanciadores de sol y manzanilla», exclamó Rubén Darío al hablar de Francisco de Villaespesa.

A pesar de las influencias heteróclitas, subsisten profundas

raíces hispánicas en Rubén. Trasplantadas se mezclan con las americanas y las americanas, trasplantadas a España, con las ibéricas. En ambos continentes se afianzan y crean la poesía hispanoamericana. La lengua sirvió de vínculo, vínculo fuerte como el de la sangre que hace una la historia literaria de la América Latina y de España, conservando cada una su personalidad.

III

TRES POETAS Y EL POEMÁTICO PROSISTA

(Eduardo Marquina, Antonio y Manuel Machado y Ramón del Valle Inclán).

El gran movimiento finesecular que se llamó el Modernismo en la América Latina y España fué bautizado particularmente en la península con el nombre de «Generación del 98».

La pléyade de poetas líricos que a ella pertenecen y cuyas personalidades fueron un advenimiento y un renacimiento, enarbolaron los nuevos estandartes de la poesía. Personalidades genuinas e independientes ligadas a la universalidad y que por temperamento eran, en su mayoría, opuestas a Rubén Darío, que influyó sin embargo en todas ellas.

Maestro de la lírica moderna española, divo de los «Raros».

El hálito que impulsa su poesía, como un reguero canoro, es una portentosa musa.

Musa que ilumina a la Condesa de Noailles por cuyas venas violetas fluía poesía y que tanto influirá en las poetisas postmodernistas de la América Latina. Musa que navegaba por la torrencial cascada por la que iba el «Bateau Ivre» de Rimbaud.

Musa que sólo visita al verdadero poeta. Hálito tan fuerte desde el pasado fin de siglo no creo haya visitado a ningún poeta hispanoamericano, si no es a la musa luctuosa y bella, más apagada y más pura de Juan Ramón Jiménez.

Espolvoreó los oros de los crepúsculos europeos y surgió el alba lírica.

Mensajero que trajo a España la flor de la poética continental hecha verbo americano e hizo estremecer el alma de los poetas de fin de siglo. Resonó su lira en la inteligencia ultraísta.

Eduardo Marquina, Antonio Machado y Manuel y el prosista poeta Ramón del Valle Inclán, forman este grupo de poetas del que excluí a Francisco de Villaespesa, al que dediqué el capítulo anterior y aislé, por sufrir en su fase de modernismo la influencia de Rubén Darío con mayor fuerza y ser más crudo el sello que le marcó.

Eduardo Marquina, el mediterráneo español cuyo temperamento peninsular fué levantado por la ola del modernismo, al recobrar su plena conciencia, se arraiga en el filón de la raza, pero la ola del modernismo purifica su gusto y aporta a su verso originalidad.

Rubén Darío con sus influencias cosmopolitas, su verbo torrencial metamorfoseado en niágaras poéticas, al desencadenar la musa loca cuya sensibilidad palpitaba en la franceisada Europa literaria, influyó indirectamente en un Eduardo Marquina de los Eduardos Marquina del poema «Vendimion», poema en el que se halla todo Marquina, el del verso de los largos triunfos teatrales, el del verso sencillo, el del verso áspero, el del verso fastuoso, el modernista, el sensual, el sereno, el que peca de retórico y le aleja del buen gusto, el social, el patriótico, el de «Odas», libro del que escribió Juan Valera: «Si por la brillantez, vigor y viveza del estilo y de las imágenes hemos de estimar y de tasar el valor de un poeta, imposible es negar que le tiene extraordinario el Señor Marquina», el de «Las Canciones del Momento» y «En Flandes se ha puesto el sol».

«Vendimion» es el poema de las múltiples vendimias poéticas en el que el poeta exclama, al fin de su magnífico prólogo:

«Ebrio en tu viña, quiero morirme Vendimion».

Prólogo sin alardes retóricos con los cuales, a veces, se bajaría su verso Marquina.

Poema polimétrico en el que dominan los nuevos ritmos y en el que el poeta exclama:

«No triunfarás de mí
vate hispano-latino
que te reto a caballo sobre mi alejandrino».

Prólogo de entrañable belleza en el que riman alborotadas, eximias, alquimias, euritmias y vendimias como desatadas diosas.

Federico Onís declara: «Aunque sufriera la influencia de Rubén Darío y supiese usar de los refinamientos de la técnica modernista, no se le miró nunca como un poeta decadente y extranjerizante, sino como poeta moderno de pura cepa española».

Marquina lo recalca en «Envío», composición final de sus «Estrofas Votivas».

«Sobre tu cuna de tablas antiguas
que me serán sepultura si miento;
hijo, nacido en las noches ambiguas
de los desastres y del vencimiento,
por estas fiebres que tú me apaciguas
te he de decir el fatal juramento;
«Tú, que harás con tus manos tu suerte:
tú, que ya recio te plantas, al verte
bajo aquel arco triunfal de la plaza
¡Maldíceme si llego a la muerte
sin entonar un canto de raza!».

Ha muerto y ha entonado su canto de raza.

Antonio Machado, el andaluz castellano, reclinado sobre el

pasado contempla con serena calma el paisaje interior y escribe «Soledades» lleno de brotes primaverales.

Parco, contempla el paisaje exterior y canta en versos profundos los «Campos de Castilla». Así titula este nuevo libro que sigue nueve años más tarde al primero y proclama con brío en un autorretrato:

«Hay en mis venas gotas de sangre jacobina
pero mi verso brota de manantial sereno».

Esta serenidad es la que domina en su obra y fué como Rubén lo vió:

«Misterioso y silencioso».

Busca incansable el camino y doliente exclama:

«Yo voy soñando caminos de la tarde...»

Tras un tercero y largo intervalo publica «Nuevas Canciones». Cada vez se reconcentrará más. El pensamiento profundo lo contiene el verso corto. «Misterioso y silencioso». Este es Antonio Machado.

Su alma austera y castellana, opuesta a Rubén, se enlaza con Darío por los últimos brotes del andaluz que la loca rapsodia transporta en «Dios Ibero» y en «Hacia un ocaso radiante» cuando exclama:

«Dentro de un olmo sonaba la sempiterna tijera
de la cigarra cantora al monorritmo jovial,
entre metal y madera
que es la canción estival».

Y el eco que resuena en su poesía cuando rima oro y sonoro.

Rima finesecular que hizo suya Darío y que en labios de otro poeta, aunque cante otro canto y otras musas le inspiren, coge de él la inmortal savia, así cuando dice:

«Vibraba el aire asordado
por los élitros cantores que hacen el campo sonoro
cual si estuviera sembrado
de campanitas de oro».

Campanas hubieran sido las de Rubén.

No se equivoca Federico Onís cuando escribe: en «Su emoción y expresión poética le enlazan también con el simbolismo y con Rubén Darío» y cuando escribe Cansinos Assens en «Los Coloquios de los Centauros» se encuentran los enigmas turbados que han de llevar las soledades del meditabundo Antonio Machado».

Este es el Antonio que vibró con América y en homenaje dedica una poesía al maestro Rubén Darío y una última a su muerte.

«Pongamos, españoles, en un severo mármol,
su nombre, flauta y lira y una inscripción no más:
nadie esta lira pulse, sino es el mismo Apolo
nadie esta flauta suene, si no es el mismo Pan».

Manuel Machado acata, también, como maestro a Rubén Darío y en un soneto que le dedica exclama en el segundo cuarteto:

«En el día, en la noche; hoy, ayer... En la vaga
tarde, en la aurora perla, resuenan tus canciones
y eres, en nuestras mentes y en nuestros corazones
rumor que no se extingue, lumbre que no se apaga.
Y en Madrid, en París, en Roma, en la Argentina
Te aguardan. Dondequiera tu cítara divina
vibró, su son pervive sereno, dulce, fuerte».

«En poemas como «Para la Cubana» y «Para la misma», en «Prosas Profanas» de Rubén Darío, encontramos la manera frívola, ligera que ha de ser el encanto de Manuel Machado», dice Cancinos Assens.

Así como la poesía de Antonio es intensa, la de Manuel es ligera, sutil y a pesar de la influencia que ejerce sobre él el Simbolismo y París, resurge siempre el andaluz y junto al sol meridional la primavera de Manuel Machado, el desencanto y el poeta genuino.

En su primer libro importante «Almas», un poema, «Figulinas» me recuerda la manera de Rubén, el Rubén de la «Canción de Otoño en Primavera».

«Retorna, como nos decía Ventura García Calderón, a la sencillez en la queja, porque el alma española busca la canción sencilla».

Manuel Machado es más simplista, en su esquema in-extremis, que Rubén.

«¡Qué bonita la Princesa!
 ¡Qué traviesa!
 ¡Qué bonita!
 ¡la princesa pequeñita
 de los cuadros de Watteau!
 ¡Yo la miro, yo la admiro,
 ¡Yo la adoro!
 Si suspira, yo suspiro
 Si ella llora, también lloro;
 Si ella ríe, río yo».

En palabras francesas que introduce en versos castellanos como en «Mi Phriné».

«No es cinismo es la verdad
yo quiero a una mujer mala,
fuera de la sociedad
una declassée, lo sé;»

Manuel debe a Rubén esa soltura en el verso que posee como andaluz, pero a la cual Rubén dió quizás un giro franco-americano, pero es Manuel Machado, como él dice, de la raza del árabe español

«Yo soy como las gentes que a mi tierra vinieron
soy de la raza mora, vieja amiga del sol,
que todo lo ganaron y todo lo perdieron
tengo el alma de nardo del árabe español».

Los nuevos ritmos y rimas son adoptados por los tres poetas que siguen la marcha del siglo, la inevitable evolución hacia la perpetua renovación y enriquecen las nuevas antologías.

Rompen las normas clásicas, la vieja rutina para crear la nueva rosa y así, en la prosa, Ramón de Valle Inclán, el d'Annunzio-galaico-americano. En «Flor de santidad» y en sus «Sonatas» introduce en la lengua nuevos giros y sintaxis.

Rubén y Ramón influyen, sin duda, el uno sobre el otro, y, aunque es difícil probar la influencia directa, creo poder afirmar que en parte de su obra el nuevo hálito americano envolvió la esencia poemática del gran Ramón de Valle Inclán. Es palpable en la «Sonata de Estío» perfumada por los campos extensos, los horizontes exóticos y la voz cálida de la niña Chole. Surge la hora del crepúsculo, la pinta con pluma de acuarelista y exclama: «Es la noche americana de los poetas».

«Sus obras en prosa, escribe Federico Onís, como se ha dicho muchas veces, significaron una revolución semejante a la que Rubén Darío realizó en el verso».

En las «Sonatas» así como en «Flor de Santidad» Valle

Inclán emplea ese bello lenguaje, híbrido hijo de la poesía y de la prosa, hijo de la América latina y de España.

IV

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ Y EL IMPULSO FINAL

Cuando se despertó de su letárgico sueño, el que Juan Ramón Jiménez proclamó «El Rey Progreso», saludó el poeta con alegría al alba nueva y la denominó «La hora rosa».

Vestal primigenie que introduce en España al Modernismo y aclara la definición de Víctor Hugo «L'Art c'est l'Azur».

Juan Ramón Jiménez se aísla del Modernismo, aunque como todo poeta de fin de siglo sufre múltiples influencias.

Rubén Darío espolvoreó sobre él su lírica arrolladora que el poeta de Moguer metamorfoseó en etérea e intangible.

Surgen la alegría de Rubén hecha melancolía, la princesa convertida en novia blanca, el alba de oro en crepúsculos malvas y la vitalidad en bella y suave quietud.

Su obra, cada día más depurada, se aleja de toda influencia y se aísla solitaria y casta en el reino de la poesía pura.

Juan Ramón Jiménez se erige en el maestro de los poetas jóvenes que suceden al Modernismo y de aquellos que son los últimos representantes de esta revolución literaria. Como toda revolución jamás se logra totalmente.

El Ultraísmo fué el grito final de este gran período y los últimos retoños brotan alejados del tronco.

Se forjan absurdas imágenes, se suprimen artículos y preposiciones como si las flores fueran más hermosas sin tallos y la poesía se hace anárquica.

Rubén se alza lejano, lleno de prestigio ancestral y es Juan Ramón Jiménez el nuevo nombre lleno de sortilegio que estremece a los poetas jóvenes. En su órbita giran los nuevos poetas líricos.

Antes de evocarlos nombraré a un poeta cuyo lazo de unión es directo con Rubén Darío y en que su influencia aún es muy sensible. Antonio Morales, el poeta del mar. Es su poesía elocuente, rica en savia en la que se hace palpable el ritmo triunfal de Rubén Darío y su compenetración con la vida que palpita. Hay en él un dinamismo constructor, un impulso original que nace del clima, de su vida y de su propia personalidad.

Sólo escribe dos libros, «Poemas de la Gloria, del Amor y del Mar» y «Las Rosas de Hércules». En ellos se balancean los versos del poeta al ritmo de los últimos cantos de Rubén. Se los brinda, le llama Maestro y rompe la corteza del Modernismo, post-modernista para desplegar su propia poesía. Funde sus dos libros en uno que titula «Las Rosas de Hércules» libro primero, exceptuando algunos poemas.

Salvador Rueda le alienta y escribe en su honor «El Poeta futuro» y así insta al ciudadano de Gran Canarias:

«Haz de tu cuerpo un arpa con nervios de tu vida;
la red de tus arterias te sirva de cordaje;
sé un hombre prodigioso de frente embravecida
lo mismo que un humano y espléndido oleaje».
Y así fué un espéndido oleaje su poesía.

Enrique Diez Canedo en el Prólogo de «Las Rosas de Hércules» libro primero, nos dice: «Tomás Morales, alumno de Darío sólo en lo superficial, tiene sus profundos antecesores entre los poetas latinos». Y en páginas anteriores escribe: «Este primer mar de Tomás Morales es un mar humano, vivido, pero no es aún todo su mar. De esta visión en que tiene por compañeros al Tristán Corbière de «Gens de Mer» y al Rubén Darío de la «Sinfonía en Gris Mayor» pasa el poeta de Canarias al deslumbramiento del mar mitológico en el que surgen sus islas».

Enrique Diez Canedo no se equivoca cuando encuentra al Rubén Darío de esa bella «Sinfonía» en los primeros poemas de

mar de Tomás Morales. Pero si el universal americano influyó en la juventud lírica española, en sus venas llevaba el verbo español. A Bécquer lo recitaba íntegro de memoria. Los clásicos españoles del Siglo de Oro los había leído todos a los veinte años y en «Abrojos» nos dice Ventura García Calderón, imita al porte altivo y desengañado de las «Humoradas» de Campoamor. Más lejos afirma: «Rubén Darío durante veinte años influye en todos los poetas hispanoamericanos».

Sin embargo, desde la fecha de su gran triunfo, 1896, fecha en la que publica «Prosas Profanas» hasta el empezar del Ultraísmo, a pesar de la contra reacción que fué el Post-Modernismo, deja sentir su influencia.

En la sombra se esfuman los impulsos ultraístas. El Ultraísmo fué una constelación cuyo brillo fugaz apagó las personalidades propias. Expira en 1932 una gesta literaria que empezó en el último tercio del siglo XIX. Fué el grito final del gran período revolucionario que fué en la literatura el Modernismo. El cisne canta su último canto, sólo entonces torcieron el cuello a la palmípeda ave hostil a Enrique González Martínez.

Los poetas entornan de nuevo su mirada hacia el soneto y la forma muerde el corazón de la poesía. ¿Y de este dolor se hará eco el poeta?

Agustín de Foxá lanza su loca musa como un cohete por el aire y recita sus cálidos versos con voz sonora.

Y ahora, en retrospectivo asalto, surgen los nombres de aquellos poetas Ultra-Modernistas y de aquellos que pertenecieron a la constelación Ultraísta. Moreno Villa, Salinas, Guillén. Autores de bellos poemas, promesas de la poesía en flor que giraba en la órbita juanramoniana estremecida por Rubén Darío. Entre ellos destaca Federico García Lorca, cuyas genialidades se abrían una nueva ruta en el corazón en flor de un pueblo. Su poesía, como trinos de calandria, se eleva por el aire y clava dardos en estrellas de la constelación Ultraísta. Pero su voz se extingue joven sin haber cantado íntegra su canción.

Rafael Alberti estremece a la Poesía con «Marinero en Tierra» y ayer escuchando a don José Ortega y Gasset, le oigo decir: «Me parece sorprender más allá de las virtudes de plenitud, armonía y corrección el vago inicial de un nuevo estilo que germina, el vago sonreír primero de una nueva musa niña. Es la promesa de que el mundo nos va a ser aumentado. Y esto es para mí, ante todo, el librito de Moreno Villa». Se refiere al «Pasajero».

Ampliando el sentido de estas líneas lo aplico no sólo al librito de Moreno Villa, sino al Ultraísmo, promesa en flor de poetas que no florecieron plenamente. Nos legaron delicadas poesías, poesías anárquicas, giros extravagantes. El Ultraísmo pasó como un meteoro.

En este gran movimiento literario que fué el Modernismo y se inició en América Española, el joven temperamento novomundiata se refleja en la lengua castellana y principalmente en la Poesía. Dulcifica la lengua, la flexibiliza. Renueva la florida retórica del XIX descartando el giro ampuloso y banal. Desecha lo superhecho del Romanticismo.

La lengua perfecta de nuestros clásicos evoluciona y cumple un nuevo deber, el de encontrar nuevas modalidades, el de no estancarse en el deleite de su propia perfección y cumplir las leyes de una lengua viva.

«Rinnovare o Morire» es el lema d'annunziano con el que se pone en marcha el castellano. Cientos de poetas y escritores, promesas en flor de los cuales sólo algunos germinan, flagelan y exaltan la lengua, introducen neologismos, contorsionan la sintaxis.

La vida moderna y las exigencias del siglo influyen en la nueva manera de construir las frases.

Surge una sorda polémica entre los académicos y los modernistas, como hubiera podido surgir una violenta polémica como la que se sostuvo entre el clasicista Bello y el innovador Sarmiento, hace medio siglo.

Discretamente lanza un ataque el eminente escritor Ventura García Calderón al hispanista James Fitzmaurice Kelly en una carta abierta que se publica en París contra los retrógrados conservadores de la lengua. París no es lugar de contienda sobre el castellano y el pequeño y notable libro, defensor de un nuevo idioma castellano, pasa sin levantar gran revuelo. Pero los poetas alegres, alejados de las polémicas, consagran el nuevo impulso que con «La Hora Rosa» y el libro «Azul» inició América. Así se conserva viva la lengua que aún tiene mucho por cumplir.

El gran problema que crea el Modernismo es un problema aún latente. Crea en el escritor el conflicto interior que nace entre la pujanza del estilo nuevo y el temor a extranjerizarse.

En el librito de García Calderón, cita a Juan de la Encina, que en su «Arte de Poesía», decía: «El hurto no debe ser vituperado; mas digno de mucho loor cuando de una lengua en otra se sabe galamante cometer». Pero, a pesar de esta frase y de que Ventura García Calderón proclama la independencia del estilo en nombre de la razón y también en nombre de la tradición, que, en el fondo no fué nunca enemiga de neologismos, muchos de los escritores españoles que sufrieron la influencia del Modernismo, vuelven en busca de lo español, asustados.

Villaespesa del romance árabe granadino. Marquina del filón de la raza. Antonio Machado de Castilla. Manuel Machado del sabor andaluz y París se esfuma en la lejanía. Juan Ramón Jiménez de la novia blanca y el cielo de Moguer.

En Villaespesa y en Marquina estos cambios son marcados y bruscos. En los tres últimos más suaves. La transición en Juan Ramón Jiménez es casi imperceptible porque en él apenas existe el conflicto interior y retorna en busca de la poesía pura.

Este conflicto penetró también el alma de Rubén y penetra al cultivado espíritu de José Enrique Rodó cuando escribe sobre Rubén Darío, «No es el poeta de América». Pero Rubén va a ser el más gran poeta americano de fin de siglo, el universal americano que en Chile y en la Argentina encuentra el ambiente

propicio para el pleno desarrollo de su genio. Al recoger Rubén Darío la frase de Wagner, «Lo primero no imitar a nadie y, sobre todo, a mí» y al negarse a escribir un manifiesto sobre la poesía nueva establece la independencia del creador. Los poetas entusiasmados con su verbo, sin inmutarse con la nueva proclama, siguen su estro como si hubiera gritado a la manera de Enrique IV, «Seguid mi penacho blanco».

Rubén Darío por la luminosidad de su genio influyó en toda una generación. Cuando la inspiración poética se fuerza y encauza hacia una idea y el poeta no espera el instante poético emotivo, se aleja de la poesía pura y fácilmente se pone al servicio de la propaganda, supremo error. Por eso, cuando publicó Juan Valera su crítica sobre «Prosas Profanas» era equivocada. Libertad pide el poeta para ser o no ser y el crítico para acertar o equivocarse. «Prosas Profanas», libro luminoso y genial fué la expresión perfecta de lo que era la hora americana.

El talón de Aquiles del Modernismo es para mí el temor que tuvieron algunos poetas a ser poetas desarraigados y a extraviarse en la enmarañada selva poética de fin de siglo. Como hubo poetas malditos en Francia, hubiera podido haber poetas desarraigados en la América Latina. A veces hay que extraviarse para hallar, y a veces ¿no es el extravío un hallazgo? ¿A veces, no es la paradoja una verdad?

Cuando surgió el Modernismo, al oír la voz de los poetas vagar por extraños mares, los académicos se asustaron y hoy de nuevo ha llegado el momento de penetrar en ese sorprendente mundo hispanoamericano que recogió la flor europea y dió a la lengua castellana el primer latigazo del que surgió el nuevo estilo y la nueva universalidad que el verbo español mantendrá centrado.

Ahora ha llegado la voz de Juan Ramón Jiménez y su original concepto del Modernismo. Para Juan Ramón, el Modernismo no es sólo una escuela, es un siglo. Así como el XVIII es el

siglo del Barroco, el XIX el Romántico, el XX es el siglo Modernista.

Visto así, no se escapa del Modernismo el poeta de Moguer, ni los poetas jóvenes en quien influye, sólo vencen esa primera etapa a la que sucede el post-modernismo y a la que habría que denominar de otra manera. En ella mueren las princesas y los cisnes de Rubén. Aun quedan cincuenta años para que transcurra el siglo en el que está latente el Modernismo.

Varias personas, cuyo juicio es de interés, han hecho notar lo inadecuado que es el nombre Modernismo. Y es verdad. ¿Qué significa? Nada, una actualidad que al pasar deja de tener sentido.

Hay que encontrarle otro nombre.